

# GACETA MEDICA DE MEXICO

ORGANO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

Registrado como artículo de 2ª clase en la Administración de Correos de México, D. F., con fecha 21 de marzo de 1939

---

---

TOMO LXXXV

ENERO-FEBRERO DE 1955

Núm. 1

---

---

## DISCURSO DEL PRESIDENTE SALIENTE DOCTOR MAGIN PUIG SOLANES

Señor Secretario de Salubridad y Asistencia,  
Señor Secretario de Educación Pública,  
Señores Académicos,  
Señoras y Señores:

Hace un año, al tomar posesión de la Presidencia de la Academia Nacional de Medicina, expresaba a ustedes que muy bajo tendría que ser mi sentido de las proporciones para no darme cuenta del contraste entre el puesto a que la benevolencia de mis compañeros de academia me elevaba y la modesta actuación que de mí podría esperarse. Al terminar hoy mi gestión, es evidente que la verdad de esta última predicción hubiera sido más ostensible aún de no poseer nuestra Academia, entre sus características fundamentales, aquella que es inexcusable en toda organización de trabajo —desde la modesta empresa privada hasta la complicada maquinaria del Estado— que no quiera ver estéril su labor: la continuidad dentro de un programa definido. En la vida de nuestra Academia de Medicina, cada gestión directiva es simple eslabón de una cadena que prolonga —con las rectificaciones que toda obra humana requiere de vez en cuando— el plan y labor emprendidos un siglo atrás por otras directivas. La Mesa Directiva administra, pero es la corporación conjunta la que actúa. De no ser así, bien corto resultara el período de un año para que persona alguna pudiera dejar huella de su paso por un cargo directivo; considerada tal característica de continuidad en la actuación, este plazo resulta suficiente.

Dicha permanencia dentro de un plan definido y congruente supone un elevado espíritu de comprensión y de colaboración entre los miembros de nuestra sociedad. Puedo decir con satisfacción, que pocas veces este sentido de trabajo colectivo se había mostrado en forma tan marcada como en el año académico que hoy termina; pocas veces la acción del conjunto se había superado tanto para excusar la gestión modesta del presidente.

Estricto sentido de justicia me obliga a hacer hincapié en que lo bueno

que nuestra Academia ha realizado en el año de 1954 no ha sido obra mía, sino resultado de la intervención conjunta de sus miembros. Así, los actos —el social y principalmente, el científico— de las ceremonias conmemorativas de su nonagésimo aniversario fueron posibles por los esfuerzos de la Comisión Organizadora: doctores Chávez, Fournier y Gutiérrez Villegas. A ellos debe nuestra Academia haber visto, por primera vez en su historia, acudir a un grupo de personalidades científicas de Europa y de nuestra América para rendir homenaje a su labor casi centenaria. Los simposia con que se cerraron las manifestaciones exteriores de esta celebración y que tuvieron la virtud de colmar nuestro salón de sesiones con distinguido público, debieron su éxito a la forma adecuada con que los ponentes y, particularmente, los coordinadores, desempeñaron la tarea encomendada. Los ensayos acerca de la influencia de la Academia en el progreso de la Medicina en México, que necesariamente tuvieron que irse preparando, con la minuciosidad que un juicio crítico de esta índole requiere, durante todo el año y que, terminados en su mayor parte, empezarán a hacerse públicos en el presente de 1955, demuestran los conocimientos y buen criterio de sus autores. Los dos folletos históricos conmemorativos —en prensa en estos momentos— son fruto del interés de los doctores Fernández del Castillo e Izquierdo. El hecho insólito de que la "Gaceta Médica", el órgano oficial de nuestra Academia, se encuentre al día en su publicación, después de haber lanzado en el año que hoy termina un número casi doble de ediciones al normal (ediciones cuya presentación tipográfica no desdice de la sociedad que representan) se debe a los callados esfuerzos del animador de la Comisión Editorial, doctor Sepúlveda.

Pero, no sólo en el terreno de lo realizado la cooperación conjunta se hizo ostensible; también lo fue, en forma menos visible, en una serie de trabajos que no llegaron a concluirse por razones varias, pero que implicaron estudio y gestiones: la Comisión de Finanzas actuó en la época en que fue necesaria su intervención; hizo el estudio e inició las gestiones para alcanzar una de las metas fundamentales de nuestra Academia: la obtención de un local propio y adecuado. La Comisión de Divulgación de los Conocimientos Médicos estudió con interés la posibilidad de utilizar la prensa diaria y transmisiones por la radio para informar al público, con la autoridad que su personalidad le otorga, acerca de los problemas médicos, tratados con frecuencia en forma tan poco adecuada por aquéllas. Circunstancias desfavorables, en relación especialmente con las condiciones económicas del país durante el pasado año, impidieron —es de desearse que solamente hayan pospuesto— su realización.

Por esta relación, puede verse que este espíritu de colaboración, que

nunca falta en nuestra Academia cuando es solicitado, demuestra otra de sus características fundamentales: la unidad en su espíritu, pese a la multiplicidad de intereses particulares de la gente que la constituye. Esta unidad y este espíritu de grupo es lo que la alienta para continuar laborando a pesar de las vicisitudes y contratiempos que con demasiada frecuencia debe de sortear.

A este respecto el año de 1954 fue aciago para nuestra corporación en cuanto que durante su transcurso fuimos dolientes testigos de la desaparición de varios distinguidos compañeros: desde el joven académico, recién ingresado, cuyos talento y afán por el estudio habían hecho concebir grandes esperanzas —el doctor Armando Treviño— hasta el hombre maduro, de conocimientos sólidos y consistente actuación profesional, como el doctor Ramón Flores; como el doctor Castillo Nájera, cuya cultura médica general y brillante talento literario le hicieron siempre destacar y el doctor Vicente Ramírez, competente dermatólogo, viejo profesor de la Escuela de Medicina, cuyos achaques le hicieran buscar reposo desde hace tiempo en la categoría de Miembro Titular. En este acto quiero rendir un afectuoso recuerdo a su memoria.

Nuestra Asociación inicia el actual año académico bajo auspicios particularmente favorables: entrega el timón de su nave a una persona dotada de condiciones idóneas para mantenerlo en el rumbo debido. Sin pretender hacer el elogio cabal del Presidente que hoy asume la dirección de la Academia, el doctor Aquilino Villanueva, no puedo dejar de recordar brevemente su actuación en puestos comparables por su índole al que ahora va a ocupar. En varias ocasiones ha demostrado el doctor Villanueva sus dotes organizadoras y su talento ejecutivo: al crear e impulsar el servicio de Urología del Hospital General, cuna de la brillante escuela que él encabeza; al desempeñar, con tino y eficiencia, la dirección del Hospital General, cuando el establecimiento todavía constituía un todo coherente y dignificaba a la práctica médica en nuestro país; y, finalmente, al desempeñar, durante breve pero fecundo período, la jefatura del antiguo Departamento de Salubridad Pública, en la que el corto lapso de 12 meses dejó los cimientos de tres obras trascendentes, concretas, llevadas a cabo con criterio médico técnico y alcances sociales, sin demagogias ni ambigüedades: la campaña de protección a la infancia, la campaña antituberculosa y el establecimiento definitivo de las unidades sanitarias que constituyó el primer paso verdadero en la aplicación de la ciencia sanitaria moderna en toda la extensión del país. ¡De un hombre con estos antecedentes, cuánto puede esperar nuestra Academia de Medicina!

Para terminar, deseo agradecer a mis colaboradores en la mesa direc-

tiva su fundamental ayuda: al Vicepresidente, doctor Villanueva, por no haberme nunca escatimado el consejo sesudo y prudente, dado con el cariño y la autoridad de quien es mi viejo Maestro; al Secretario General, doctor Fernández del Castillo, por su constante, callada y tesonera labor en llevar el peso de las actividades múltiples de nuestra sociedad; al doctor Rulfo, nuestro bien entrenado e infatigable Tesorero y al doctor Cabrera, cuyo talento encontró ocasión de manifestarse cuando sus cada día más numerosas ocupaciones le dejaron tiempo para ello.

DISCURSO DEL PRESIDENTE ENTRANTE EN 1955  
DOCTOR AQUILINO VILLANUEVA

Señores Académicos:

Me siento profundamente conmovido esta noche al tomar posesión de la Presidencia de la Academia Nacional de Medicina, porque indiscutiblemente es el galardón más grande que se me ha otorgado en mi vida, ya que esta Institución se ha considerado siempre como la más importante entre las asociaciones médicas y la de mayor historial, y que ha marcado el nivel científico en nuestro país; por esta razón se ha procurado escoger para este honroso cargo a personas con merecimientos y cualidades destacadas, de las que yo carezco. Bástenos recordar la lista de los Presidentes que ha tenido desde su fundación, para percatarnos de que las personalidades que han ocupado este sitio, son las que con su obra y con su vida han escrito las más brillantes páginas de la historia de la Medicina de México. Es por esto que no encuentro palabras para expresarles mi gratitud por la honrosa distinción de que he sido objeto y la cual acepto con modestia, seguro de que me han hecho ustedes tal deferencia como una prueba de su benevolencia y generosidad. Del mismo modo deseo hacer presente mi admiración a mi inmediato antecesor, el doctor Puig Solanes, destacado Profesor de Oftalmología de los Cursos de Post-graduados, quien nos ha demostrado su talento e interés en encauzar y dirigir esta institución nuestra. Los que asistimos a los eventos científicos y culturales realizados por el doctor Puig Solanes con motivo de la celebración del XC Aniversario de la Academia, pudimos observar una vez más su capacidad de organización y su dinamismo, sobre todo en los simposios que con tanto éxito se llevaron a cabo, despertando gran interés entre todos los compañeros; recibían, pues, tanto el doctor Puig Solanes, como nuestro Secretario General, el doctor Francisco Fernández del Castillo, nuestro Tesorero el culto doctor José F. Rulfo y nuestro Secretario de Actas, doctor Enrique Cabrera, nuestras más sinceras felicitaciones, que en nombre de todos mis compañeros me permito expresarles, y créanme que la nueva Mesa Directiva hará lo posible por seguir la ruta que ustedes nos han trazado.

Tampoco quisiera esta noche dejar que pase inadvertida la herencia que nos legaron nuestros antecesores en el campo de la Medicina, logrando

resolver problemas vitales para nuestro país, herencia sin la cual no hubiéramos podido encauzar esta rama del saber, en el florecimiento que con satisfacción hemos contemplado en los últimos 20 años. Ellos fueron, sin duda, los que mayormente contribuyeron al progreso cuyos beneficios estamos ahora disfrutando; y si no, retrocedamos a la época en que nuestras costas se veían a menudo invadidas por la fiebre amarilla, el paludismo y la uncinariasis; padecimientos que prácticamente afectaban a todos los habitantes de aquellas regiones, ocasionando grandes devastaciones en las mismas. Es verdad que el paludismo aún azota extensas zonas del país y que nuestros humildes campesinos tiemblan su calentura y sufren todavía esa anemia pertinaz que los predispone a más serios padecimientos. Ahora, en cambio, afortunadamente ha desaparecido la fiebre amarilla de nuestras costas; y el tifo que afectaba a gran parte del país, ha dejado de ser grave amenaza para la salud de nuestro pueblo, ya que prácticamente también ha desaparecido, y las salas de hospital que antiguamente se destinaban a estos enfermos, han sido clausuradas o destinadas a otras afecciones. La viruela, otro estigma de los países atrasados, ya casi no se observa en la actualidad, y aunque esporádicamente pueden presentarse algunos casos, podemos considerarnos, sin embargo, libres de esta enfermedad; no obstante, la vacunación tendrá que proseguir indefinidamente.

Pero combatir todas estas plagas no fue labor fácil; necesaria ha sido la acción constante y duradera de varias generaciones de médicos que con su inteligencia y sabiduría ofrendaron sus mejores esfuerzos y en algunas ocasiones hasta su vida; es por esto que deseo elevar mi humilde voz para rendirles homenaje esta noche, que, aunque como dijera Martí: "Nunca es débil una voz cuando se trata de rendir un tributo sincero".

La generación contemporánea ha continuado esa magna obra procurando superarse, y con profundidad científica mayor y de acuerdo con las orientaciones modernas de la Medicina, se procedió a la organización de las especialidades, que se tradujo en el maravilloso progreso que hemos presenciado en los últimos 30 años y que ha conmovido intensamente la relativa quietud en que trabajaron nuestros pasados hombres de ciencia. Esta reforma surgió en el Hospital General, y fue la base de esta nueva organización el agrupar a los enfermos en las distintas especialidades según el caso; y en la formación de un equipo de estudio y de trabajo en que toman parte médicos internistas, cirujanos, laboratoristas y hombres dedicados a la investigación. Los resultados no se hicieron esperar, y así nacieron las numerosas especialidades, múltiples sociedades médicas, numerosas revistas, congresos, jornadas médicas, curso de post-graduados, que ahora no solamente se realizan en la capital, sino que los hombres de ciencia de

provincia, aprovechando nuestra experiencia, han podido llevar a cabo estos eventos científicos, según sus posibilidades.

Existen además, en el terreno médico internacional, otras satisfacciones que deben halagarnos, como el intercambio de profesores; pues es así como hemos presenciado la llegada ininterrumpida de maestros de diferentes universidades extranjeras, que vienen a compartir con nosotros el resultado de sus investigaciones y a ponerse en contacto con nuestro medio científico, cuya reputación ha logrado atraer a estos hombres de ciencia. Pero lo más satisfactorio para nosotros es que nuestros profesores frecuentemente sean invitados a dar cursos, conferencias, leer trabajos, etc., en las universidades de otros países.

Si nuestro pasado fue glorioso y nuestro presente se halla impregnado de satisfacciones, lógico es suponer que nuestro futuro sea bastante halagador. Desde luego, la creación de institutos y hospitales modernos en los que se ha iniciado brillantemente la organización de la carrera de hospitales, en donde se han implantado el internado y la residencia, son ya los primeros pasos en la formación de nuevas generaciones, encaminadas al estudio integral de los enfermos, lo cual dará una mayor solidez en la educación profesional. Asimismo los hospitales con departamento de biostatística, laboratorios de investigación, anfiteatros que procuran realizar el mayor número de necropsias para la enseñanza e investigación; el intercambio y discusiones que se suscitan en las mesas redondas del personal técnico, que se efectúan en casi todos los hospitales de nuestra capital, son motivos que mantienen vivas nuestra fe y la esperanza de que el porvenir de la medicina de México está llamado a tener un papel preponderante y destacado.

Entre los aspectos educacionales en que desearía insistir, es precisamente en propugnar porque médicos jóvenes, con los suficientes antecedentes y preparación, puedan hacer internados en centros científicos importantes del extranjero, pues es indiscutible que, de los elementos jóvenes que en los últimos años han hecho su internado y residencia allá, la mayor parte, al regresar, han cooperado de una manera efectiva en el desarrollo de las diferentes especialidades; ojalá que este intercambio tan importante sea impulsado por las autoridades correspondientes, y como lo sugiero más adelante, que nuestra Academia de Medicina tome alguna participación en este asunto.

La construcción del nuevo Hospital General es otra de las metas que influirá de una manera trascendente en el progreso de nuestro país, ya que ha sido el baluarte más importante de la enseñanza con que hemos contado. Por una parte el número de enfermos que tiene, las diferentes regiones de

donde éstos proceden y la diversidad de padecimientos que se registran, han hecho de él un hospital de clínicas, ideal para profesores y estudiantes, y especialmente para los médicos internos que se han encontrado ahí con diversas escuelas y profesores que son autoridades en cada una de las ramas de la Medicina, y que han podido encauzarlos en la iniciación de su profesión.

Justo es aclarar que los médicos que han trabajado en el Hospital General, lo han hecho con todo desinterés y que a pesar de la escasez de recursos, han luchado tenazmente procurando con abnegación, prestar sus servicios a los enfermos que ahí concurren en busca de salud, y que, como se sabe, son personas indigentes y de las más humildes de nuestra escala social, pero que afortunadamente no han sido defraudados, pues las estadísticas vitales de nuestro querido hospital, son tan satisfactorias como otras estadísticas nacionales y extranjeras. Esta labor de sacrificio, no solamente de los médicos, sino de las enfermeras y demás personal, deben ser un ejemplo para los jóvenes estudiantes, de que nuestra profesión nos obliga a cualquier sacrificio a fin de lograr el bien de nuestros semejantes.

Otra faceta interesante del viejo Hospital General que está celebrando sus cincuenta años de vida, es su aspecto como hospital de la Universidad, por donde han pasado muchos miles de estudiantes y numerosos médicos de provincia que acuden continuamente a recibir enseñanzas en las múltiples clínicas que diariamente se imparten; y aún más, este Hospital que ha ofrendado parte de su personal para dar nuevos hijos, como son los hospitales que han surgido en los últimos años, tanto en la Capital como en los Estados, resurge siempre vigoroso, esperando con ansia su traslado a los nuevos edificios que harán de él un hospital moderno, y cuyas obras están próximas a iniciarse.

El traslado de la Facultad de Medicina a nuestra grandiosa Ciudad Universitaria, estamos seguros de que será un paso más en el progreso de la enseñanza, pues aunque existe el problema del exceso de alumnos, seguramente quedará resuelto por un lado, con las reformas que se han planeado las que podrán realizarse con mayor facilidad, sobre todo si se toma en cuenta que este moderno edificio cubre la mayor parte de nuestras necesidades; y por otro con la disminución de los alumnos a medida que se sigan abriendo las nuevas Facultades de Medicina de las Universidades de los Estados, como se ha proyectado.

La Academia ha continuado su ilustre trayectoria con un ritmo de trabajo cada vez más activo; periódicamente se ha fortalecido con el ingreso de nuevos y valiosos elementos, que han animado nuestras sesiones; ha cumplido su función como organismo consultor del gobierno de la nación, ya

sea estudiando los problemas que se le han planteado o bien, dando a conocer su opinión voluntariamente sobre asuntos de interés general. Su revista, la Gaceta Médica de México, que es el reflejo fiel de nuestros trabajos de investigación, ha salido con regularidad, y tiene un intercambio bastante intenso con otras revistas similares del extranjero; y, por último, la Academia ha servido de tribuna a numerosos hombres de ciencia de otros países, que nos han visitado. Sin embargo, también esta corporación está en espera de mejores días, en que pueda ampliar sus actividades tan pronto se instale en un nuevo local, donde las diferentes comisiones con que cuenta el gobierno de la Academia, puedan desarrollar sus programas. Desde luego, nuestra biblioteca y nuestra hemeroteca se encuentran depositadas provisionalmente en la Biblioteca de las Naciones Unidas, mientras podamos adquirir un lugar apropiado; su salón de sesiones resulta insuficiente, como ya lo hemos visto cuando tenemos reuniones muy concurridas; y las gestiones que han hecho los pasados Presidentes, como me constan las del doctor Puig, quien puso todo su empeño para lograrlas, no ha sido posible que cristalicen en realidad; es por esto que yo me propongo continuar el esfuerzo de mis antecesores tratando de lograr este primer paso que marcará una nueva vida para esta Institución.

Durante la celebración de los últimos simposios y teniendo en cuenta los elementos de valía que en ellos tomaron parte, así como el interés que despertaron, me hice varias reflexiones que en otra ocasión les daré a conocer en forma de iniciativas; pero desde luego he pensado que, así como existen comisiones permanentes de biblioteca y de editorial, sería conveniente organizar otra de educación médica, también permanente, que se ocupara entre otras cosas en preparar ciclos de conferencias con duración de 8 a 10 días, que se verificaran anualmente en fechas fijas y cuyos programas fueran de interés general para la mayor parte de los médicos de la República, quienes serían invitados y cuyos programas se darían a conocer con toda anticipación; dichas conferencias serían editadas con el fin de favorecer a aquellos médicos que no pudiesen asistir.

Otra de las finalidades de esta comisión, o de otras si así se estima conveniente, sería la de provisión de becas para enviar elementos jóvenes al extranjero, como ya lo anuncié en otro lugar, y para lo cual sería conveniente hacer un programa de aquellas ramas de la Medicina que más lo necesiten, haciendo una distribución correcta de acuerdo con las necesidades de nuestro país, solicitando la ayuda moral y económica de las instituciones oficiales o las privadas de la nación y fundaciones del extranjero. Actualmente no existe un organismo extraoficial de tanto respeto como

nuestra Academia, que pueda acrecentar estos intercambios tan útiles para nuestro país.

No quiero terminar sin agradecer a los señores Secretarios de Educación y de Salubridad y Asistencia, el honor que nos han concedido al asistir a esta sesión solemne y que revela el interés que tiene nuestro gobierno por el desarrollo y progreso de nuestras sociedades científicas.

Señores Académicos:

Al iniciarse este año las labores, deseo suplicar a todos que sigan prestando su valiosa cooperación para conservar el alto prestigio de la Academia lo cual depende exclusivamente de ustedes y que sigamos dedicando nuestros mayores esfuerzos a la enseñanza médica e investigación, lo cual redundará en beneficio de la humanidad y de nuestra patria. Aquí cabe recordar la frase que frecuentemente pronunciara Cajal a este respecto: "Detrás de la labor tesonera de un sabio, detrás de un descubrimiento, siempre encontraréis a un patriota", y es por lo que cada uno de nosotros, en nuestra modesta esfera de acción, debemos ofrendar a la patria nuestros mejores frutos.